

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO

Adolfo Suárez González

INAUGURACIÓN DE LAS SESIONES «FINANCIAL TIMES»

22 de febrero de 1978

Es para mí motivo de especial orgullo poder darles la bienvenida a este seminario «Negocios con España», organizado por una institución de tan reconocido prestigio internacional como lo es el Financial Times.

La concurrencia de personalidades tan relevantes como las que hoy nos honran con su presencia confiere una excepcional importancia a estas sesiones.

Yo estoy seguro que no podía haberse encontrado un momento más adecuado para la celebración de este symposium; durante los últimos años el nombre de España ha estado asociado con el proceso político que ha permitido en nuestro país llegar a una situación democrática irreversible. Entendemos que ha llegado el momento de que recobre la economía española el protagonismo del que le hacen acreedora las espléndidas oportunidades de nuestro país como centro internacional de negocios.

Es sabido que la delicada operación política, que culminó en las elecciones del quince de junio de mil novecientos setenta y siete, tuvo lugar en medio de la peor crisis económica conocida en el mundo de la posguerra.

El repaso de la actividad económica española, a la que van a dedicarse estas sesiones, tiene un claro marco de referencia: el Programa de Saneamiento y Reforma, que fue pactado por todos los grupos políticos con representación parlamentaria y aprobado por las Cortes.

Con este Programa, formulado desde la perspectiva del interés nacional y no desde posiciones programáticas de partido, España ha tratado de disponer de una palanca construida de esfuerzos reclamados de los distintos grupos sociales, capaz de sacar a su economía de la crisis que hoy afecta a todos los países.

El Programa de Saneamiento y Reforma Económica pactado por los distintos partidos políticos con representación parlamentaria ha partido de una triple coincidencia de la que deriva su fuerza y su sentido:

Primera, una coincidencia en el diagnóstico sobre los males en que la crisis se manifiesta; una intensa inflación sostenida por el crecimiento de los costes; un déficit de la balanza de pagos agudizado por el encarecimiento del precio de los crudos de petróleo, y un paro desconocido en el pasado, paro fundamentalmente joven y desigualmente repartido entre las provincias y regiones españolas.

La segunda coincidencia es la que se da en los remedios que el tratamiento de esos síntomas demandaba, consistente en la adopción de unas medidas de saneamiento que equilibrasen la economía y la realización de unas reformas de nuestro sistema económico que la abrieran a los sanos vientos de la competencia y del mercado, definiendo, al mismo tiempo, claramente un sector público bien administrado, financiado con suficiencia, flexibilidad y justicia.

En tercer lugar, esa convergencia en el diagnóstico y en los remedios de crisis económica emanaba de un tercer punto, en el que también coincidieron todas las fuerzas políticas: su unánime sentido de la responsabilidad del momento político y de la necesidad de llegar a un acuerdo desde el que empezar a consolidar la democracia.

El Programa de Saneamiento y Reforma Económica español es el que ha inspirado e inspira las decisiones económicas del Gobierno. El que nutre su poblada agenda de trabajo de los meses pasados y de los que van a venir.

El Programa se está cumpliendo rigurosamente y sus frutos se están alcanzando con el esfuerzo de todos. Su doble y fundamental propósito: reducir la inflación y el déficit exterior, no sólo son ya propósitos. Son, en buena medida, hechos: la inflación, que superaba el treinta por ciento en los meses del verano de mil novecientos setenta y siete, ofrece en el último trimestre valores situados ligeramente por debajo del quince por ciento.

El déficit de la balanza de pagos se ha reducido en mil ochocientos millones de dólares al año; las exportaciones han crecido en más del once por ciento en términos reales, ganando posiciones en el mercado internacional: la inversión exterior a largo plazo, que nuestra economía precisa para fortalecer su desarrollo, se ha intensificado. El fortalecimiento de la posición exterior española desde julio a hoy es un hecho indiscutible, como testimonian las cifras de reservas exteriores: tres mil setecientos veintiocho millones de dólares en julio, frente a más de seis mil cuatrocientos sesenta y un millones de dólares a finales de enero.

Sabemos bien que estos equilibrios tienen que afianzarse para que el desarrollo futuro sea posible y duradero, y sabemos que nos quedan meses duros por recorrer. El Programa de Saneamiento y Reforma Económica no promete milagros. Contiene objetivos y medios solventes para alcanzarlos. Estamos seguros que esos objetivos se lograrán porque en ellos deben empeñar su esfuerzo diario todos: empresarios, trabajadores, Administración, partidos políticos y Gobierno.

Conocemos también que éste es nuestro principal activo para obtener el aval y el apoyo exterior que nuestro Programa Económico necesita. Porque ese activo no es sólo el de un programa económico coherente y adecuado, como ha reconocido el Fondo Monetario internacional. Es algo más. Se trata de un activo más valioso, puesto que el Programa se ha construido desde el ejercicio de la democracia y para posibilitar la democracia. La gran exigencia del pueblo español en esta hora y la gran obligación de los políticos que la vivimos.

Están ustedes es una nación que, por su situación geográfica, ocupa una posición estratégica entre Europa y el continente africano.

Están ustedes en una nación que, por su tradición histórica, se siente especialmente vinculada al mundo árabe, con el que mantiene unas intensas relaciones de amistad.

Y, por encima de todo, están ustedes en una nación que se encuentra indisolublemente unida a la comunidad hispánica de naciones.

Respecto a Europa, no es necesario que afirmemos nuestra irrenunciable vocación europea, porque nos consideramos parte de Europa. Solicitamos la adhesión a la Comunidad Económica Europea porque pensamos que la CEE es el punto de partida para la construcción de una Europa unida, en la que firmemente creemos y de la que no podemos estar ausentes, y a la que podemos aportar —lejos de una carga para los actuales miembros— un factor estimulante de su desarrollo.

Este cuadro de afinidades no es un programa de relaciones exteriores de un Gobierno determinado, sino un elemento integrante de nuestra propia identidad nacional y, por consiguiente, algo que se encuentra por encima de los avatares políticos.

Para cerrar estas breves palabras de bienvenida, a mí no me queda sino transmitirles, en nombre de mi Gobierno, nuestro más ferviente deseo de un pleno éxito de estas jornadas.

Estamos seguros de que este symposium representará un hito importante en esa readquisición por los temas económicos del protagonismo que temporalmente les sustrajo nuestro proceso de transición política.

Quiero expresarles, finalmente, mi confianza en que este tipo de reuniones en las que tengan cabida enfoques y puntos de vista distintos, con lo que esto implica de fructífero intercambio de opiniones, sigan celebrándose en el futuro y favoreciendo un clima de entendimiento y cooperación internacional.